

ANCORA

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA NACION



EL PRÓXIMO MARTES 27 DE MARZO SE ESTRENARÁ EN EL TEATRO NACIONAL LA PELÍCULA "POLVO DE ESTRELLAS", SOBRE LA EPOPEYA DEL ESCULTOR JIMÉNEZ DEREDIA, Y ES OCASIÓN PARA PREGUNTARLE AL ARTISTA HASTA EL FONDO

AURELIA DOBLES

¿Por qué se puso de apellido "Deredia" (contracción "De Heredia")? ¿Por qué esa voluntad de llegar a la cúspide? ¿Por dónde, por cuánto, por qué misteriosas rutas de la formación de una persona se llega a ser el escultor costarricense que pone obras en El Vaticano, en París, en Washington, en varias otras grandes urbes, y desde luego en Italia?

¿Cómo hizo Jiménez Deredia para superar la idea de "chiquitico" que nos inculcan nuestra geografía y nuestra historia?

La infancia es el paraíso irrepetible, hemos escuchado, leído. Pero un artista ejerce de minero para sacar de esa veta escondida las pepitas de su obra, y la infancia transfigurada vuelve: porque el arte es juego, y el juego nace en la infancia.

Averiguar el misterio del origen del arte de Jiménez Deredia por teléfono, a punto de maletas para venir a Costa Rica al estreno de la película *Polvo de estrellas*, parecía disparatado, pero juzguen ustedes. Jiménez Deredia se devela en su infancia, en su juventud, en las personas que jugaron un papel crucial en su formación, en esta entrevista.

Hablemos primero de su "chiquillez". ¿Cuál es el paisaje que se le planta en la memoria cuando se vuelve a ver rodillas al aire?

—Mis recuerdos son alrededor de la estación del tren en Heredia. Yo nací ahí. Mis primeras relaciones con todo el ambiente eran la estación y la línea del tren. Pequeñito jugué mucho en ese lugar y mis recuerdos más antiguos nacen en esa casa donde nací y donde crecí los primeros años. Siempre jugaba en la línea del tren poniendo chapas y poniendo clavos, para que el tren pasara e hiciera un montón de formas que me encantaban. Ese es el recuerdo digamos más antiguo que tengo: todos mis juegos alrededor de la estación. Todavía está la casita ahí donde nací, una casita de adobe muy pobre; fue un momento muy, muy lindo de mi infancia. Cuando jugué fútbol alrededor de esa estación; ahora hay ahí una parada de buses; en aquel periodo era nuestra plaza para jugar fútbol porque no había nada; pasaba todo el día ahí jugando.

Jorge, tal vez la visión de una línea del tren que se va, el horizonte de una línea que parte, influiría para que también se fuera a un viaje, a lejanos horizontes, largo.

JIMÉNEZ DEREDIA EN LA RAÍZ



Jorge Jiménez Deredia asegura no extrañar Costa Rica en Italia, pues "la lleva por dentro".

—No sé, tal vez, pero es una cosa que quedó en mi memoria, tanto que aparece en algunas de mis esculturas. A veces uso los rieles del tren para sostener algunas esculturas como la que está en el Banco de San José. Es el recuerdo de una chaqueta en mármol gris y está sobre unos rieles. Al final todo lo que uno saca en el arte depende de estas experiencias. Esa y la del cafetal, porque fueron dos cosas que quedaron muy fuertes dentro de mí. Yo llegaba de la escuela, cuando ya había crecido un poco más, hacía las tareas y después me iba detrás del aserradero, donde había un gran cafetal, y pasaba todas las tardes jugando ahí, y probablemente la observación de las plantas, la observación de la naturaleza, influyó muchísimo la visión de las formas, porque aparecen muchas hojas como elementos escultóricos, las raíces de la flor del itabo aparecen en esos elementos.

Pequeño Tarzán artista

Y C.R. es un país de volúmenes y texturas muy variadas.

—Sí, y es un país de formas muy fuertes. Debes de pensar que yo casi todas las tardes las pasaba solo. Terminaba mis tareas, y cogía una flecha, que había hecho de las ramas de café, y me iba con estas flechas toda la tarde a jugar solo, solo en el cafetal. Y esto determinó muchas cosas. Determinó por ejemplo el interiorizar toda la realidad, el buscar mucho las cosas espirituales, las cosas que estaban dentro de mí, y leerlas a través de la naturaleza; tenía mis bejucos, mis flechas, quebraba botellas del crematorio de Heredia, que estaba a la par del cafetal, recogía las botellas, quebraba las botellas con la flecha, con las piedras, y después me iba a jugar en el cafetal; en el río Pirro tenía unos bejucos y en ellos tenía mis lugares para atravesar el río, tenía mis huacas de banano que las cogía en el mismo cafetal y las escondía debajo de los árboles con hojas, y así me alimentaba, como un animalito. Tengo un recuerdo muy bello.

Cabeza de Quijote

¿En qué momento surgió la vocación artística claramente? ¿Fue desde el principio la escultura o rondó por otras artes?

—No, no, fue siempre la escultura. Tengo un recuerdo fijo en mi mente. Juan Rafael Chacón estaba haciendo la escultura del Clorito Picado, a cien metros de donde yo vivía. Yo tenía como 7-8 años y antes de ir al cafetal yo pasaba por la esquina donde hoy está el ICE en Heredia, ahí a cien metros de la estación del tren, y enfrente había un pedazo de terreno, donde Juan Rafael Chacón había traído una piedra muy grande, donde él estaba haciendo el Clorito Picado, y yo pasaba y lo observaba todos los días un rato, agarrado a la malla, y después me iba para el cafetal. Cuando

cumplí 12-13 años empecé a tener el primer contacto con la escultura.

¿En el Castella?
 -No, antes, antes. Cuando cumplí los 13 años terminé mis estudios en la escuela Joaquín Lizano, después fui al Liceo de Heredia a hacer el primer año y ahí Ólger Villegas tenía un taller de escultura. Habiendo observado mucho a Juan Rafael Chacón, me quedó esa sensación de hacer algo en escultura, entonces fui al aserradero que estaba entre el cafetal y donde trabajaba Chaconcito. Ahí había un aserradero y cogí un pedazo de madera que había sobrado y me lo llevé para el taller que tenía Ólger en el Liceo de Heredia. Mi primera escultura fue esa exactamente: una cabeza como de un Quijote hecha en un pedazo de madera. Y ahí comenzó.

Vivir en el Castella

“Después Ólger Villegas se dio cuenta que yo tenía un poco de talento para la escultura y habían ofrecido unas becas. El Castella estaba ofreciendo 7-8 becas en todo el país, entonces él me propuso a mí para obtener una y Arnoldo Herrera me ofreció la posibilidad de estudiar, porque yo no tenía los medios económicos para poder ir a estudiar al Castella; es decir, venía de una familia bastante pobre, siete hijos, mi padre parálítico; a 33 años él quedó parálítico completamente; entonces lo teníamos económicamente bastante difícil. Casi me fui a vivir al Castella, porque no solo fui a estudiar sino que Arnoldo Herrera se dio cuenta también que yo tenía una pasión especial por la escultura y me dio las llaves del Castella cuando estaba en la Sabana, y el fin de semana me quedaba ahí trabajando: me quedaba el viernes desde las 5 p. m. que salían todos los estudiantes: durmiendo viernes y sábado y el domingo regresaba a la casa, y Arnoldo Herrera muy lindo le decía a las cocineras que me dejaran una olla de arroz y una olla de frijoles, para que yo pudiera pasar el fin de semana y comiera ahí”.

Dormir sobre borucha

“No había ni cama, ni nada en el Castella; yo dormía en las astillas de la madera que trabajaba. Trabajaba desde las 5 p.m. el viernes, me arrecostaba un poco en las astillas, el sábado trabajaba todo el día y el domingo por la mañana me iba a dormir a la casa, y después el lunes venía el bus del Castella que nos llevaba de Heredia al colegio en San José. Así pasé toda mi juventud, sin ir a bailar. No aprendí a bailar. Nunca tuve tiempo [risas].

¿Y dónde conoció a su esposa Giselle?

—La conocí en un campamento bautista, porque yo empecé a tener relación con la comunidad bautista. Ahí nos conocimos porque ella había llegado a reclamar pues estábamos organizando un campamento, y en este había pocos lugares y como yo era presidente de la asociación, llegaba a reclamar; entonces venía como a pelear. De ahí nos pusimos de acuerdo para ir a comprar juntos y que fuéramos más los que íbamos a participar en este campamento; ahí fue donde nos conocimos.

Entonces le gustó la personalidad fuerte de Giselle.

—Sí, sí, sí, una personalidad fuertísima, venía a pelear..

Se dice que la escultura en relación con la pintura es un arte que

“Quebraba botellas del crematorio de Heredia, que estaba a la par del cafetal, recogía las botellas, quebraba las botellas con la flecha, con las piedras, y después me iba a jugar en el cafetal; en el río Pirro tenía unos bejucos y en ellos tenía mis lugares para atravesar el río, tenía mis huacas de banano que las cogía en el mismo cafetal y las escondía debajo de los árboles con hojas, y así me alimentaba, como un animalito”.

requiere de una contextura física fuerte, ¿era fuerte desde pequeño o era un niño enclenque?

—No, era delgado, muy delgado, muy delgadito; era más la fuerza interior que la fuerza física.

Un escultor no se suicida

El escultor como que es más sano que el pintor. Es una idea que una vez me dio un artista, que los escultores son más fuertes y duran más que los pintores...

—Hay una cosa cierta: que los escultores tenemos menos tiempo para hacer una meditación. Yo me he dado cuenta de una cosa simpática: que raramente un escultor se suicida. Es muy, muy difícil. Los poetas es muy característico, porque el poeta no tiene ese trabajo físico que tenemos los escultores. Nosotros trabajamos mucho en la idea, pero después necesitamos a veces un año trabajando físicamente, agarrados con una piedra, agarrados con moldes, con yesos para poder realizar una escultura grande. Y esto lo lleva a llenar completamente la parte intelectual y la parte física. Para poder realizar una idea en el material, necesitamos otro año de trabajo físico fuerte. De luchar con la piedra, con los materiales. Pero es muy bello, porque uno entra en contacto con las materias primarias, con la piedra, con la arcilla; es decir, con nuestras manos construimos las cosas. Esto es muy vital, es muy ancestral y obliga a un trabajo físico además de intelectual.

Nada es imposible

Jorge, se dice que Costa Rica provoca por su pequeñez la idea de

“chiquitico”. ¿Cómo hizo para superar esa idea y hacer esculturas gigantes y ponerlas en lugares gigantes, como por ejemplo, el caso reciente de San Marcelino en el Vaticano?

—Bueno, yo tuve dos imágenes importantes, verdaderamente tres. Una era la imagen de papá: papá era un hombre que quedó completamente parálítico cuando tenía 33 años. Después poco a poco él se recuperó algo de su parálisis. Podía mover solo la cabeza. Pasó un año en una cama. Después empezó poco a poco a dar sus primeros pasos. Perdió un poco los músculos de los dedos. Él para coger un atornillador a veces —es radiotécnico, todavía vive— pasaba media hora, y estando así —nunca se me podrá olvidar, yo tenía 6 años cuando él quedó completamente parálítico—, se construyó la casa donde posteriormente nosotros vivimos; con sus propias manos llevaba los ladrillos e iba construyendo la casa con sus manos, ah...

¿Ya parálítico?

—Parálítico, parálítico. Era un reto consigo mismo el hecho de poder construir la casa. Construyó la casa donde vivimos ahí en Heredia y se construyó una casa en el mar, llevando con un jeep todos los blocks, desde Heredia hasta Guacalillo, que era donde había comprado ese pedacito de tierra. Y para mí fue un ejemplo para toda la vida: que no había nada imposible. Si uno tenía la fe y la voluntad para hacer una cosa, no había nada imposible. Y esa fue la primera imagen importante que tuve en mi vida. De seis años a digamos trece años fui siempre el bastón de mi padre, pues nunca dio un paso si no era junto a mí. Porque él era muy orgulloso y no quería usar bastón, entonces cada vez que él tenía que hacer un movimiento me llamaba a mí y se apoyaba sobre mí para hacer el movimiento y yo seguí muy de cerca la personalidad de él. Probablemente esto me ayudó mucho a pensar que nada es imposi-

ble, y tal vez esa es la idea fundamental para tomar retos grandes como el del Vaticano, un reto enorme no solo por la dimensión de la obra sino por todo lo que había que pasar para poder hacerla, ya que el mundo entero quería hacerla; era una oportunidad única, pero había que luchar y para mí no era imposible, probablemente porque tenía la imagen de mi padre dentro de mi cabeza, de que las cosas, si uno tiene voluntad, no son imposibles, se pueden hacer.

Pensar en grande

La segunda personalidad importante fue la de Arnoldo Herrera; él me enseñó muchísimo, porque en el momento en que yo me voy para el Castella, este se convierte en mi segunda casa y en un fuerte contacto con Arnoldo, que era una personalidad también fuerte, una personalidad que pensaba en grande, y él siempre decía una frase de Pepe Figueres: “quien piensa en grande, logra en grande, quien piensa en pequeño, logra en pequeño”. Cuando uno tiene que enfrentar la vida son los parámetros que le sirven para medir las cosas que uno hace.

¿Cuáles escultores costarricenses pasados y presentes destacaría?

—Sin duda, Juan Rafael Chacón, porque fue para mí una imagen importante. Seguramente el primer escultor que se separó de un razonamiento de imagen sacra para ser un escultor que hacía una investigación importante. Y los grandes nombres, Zúñiga sin duda, quien ha sido un escultor que nos ha enseñado a todos.

Misión de vida

¿Cómo fue la experiencia de sentirse observado a lo largo de la filmación de “Polvo de estrellas”?

—Eh, es difícil, porque ha sido como un viaje hacia adentro. Para mí *Polvo de Estrellas* era una oportunidad para describir mi propia espiritualidad; no era tanto que me observaba una cámara, sino que me tenía que observar hacia adentro y abrir mi corazón hacia la gente que estaba haciendo la película para que me observaran adentro, para que ellos pudieran ver cuál era mi verdad, con todos sus defectos, pero lo que yo considero la verdad de mi vida, mi razón existencial; porque para mí la escultura no es solo mi trabajo, es mi misión. Eso lo entendí desde muy pequeño, desde que tenía trece años: que tenía que cumplir una misión en la vida, y mi misión pasaba a través de la escultura.

